

NOTAS DE VIAJE

IMPRESIONES DE UN ESPECTADOR INGENUO

En una de esas caravanas que llevan todo supeditado a un horario, he cogido billete y hemos estado en Segovia y en Sevilla.

En Segovia, porque tenía que ver ese acueducto romano, que traía en un tiempo agua y que se estuvieron construyendo los romanos durante mucho tiempo para que luego los demás tuvieran que entretenerse en admirarlo y en comprar postales iluminadas. Desde luego, he estado paseando un día que era domingo. Y, en verdad, es preferible un día así, por ver si todavía existen realmente esos tipos exóticos, que los carteles de turismo suelen traer para viajeros que llevan trajes de novela policiaca; y voy perdiendo la fe en estas propagandas, porque es terrible un mercado popular, como éste, donde, si alguna vez, se ve un nativo con su traje típico, o es de su abuelo, o lo alquiló en esas prenderías que lo dan todo hecho y que se dedican a un carnaval eterno.

Por lo demás, Segovia es fría. Sobre todo, es ciudad donde las personas tienen la castellanización tan dentro que miran a lo lejos, como si estuvieran en Galicia o como, si acostumbrados a tener tantos ojos como su acueducto, contemplaran muchas cosas imposibles de describir.

Después, he estado en Sevilla. En Sevilla, de la que tanto hablaba la gente, que si la Giralda, que si la Sierpe, que si el Gran Poder... ¡qué sé yo!... tantas frases que indudablemente todo el mundo suele exclamar como si la hubiera vivido, aunque sea en postales de estanco. ¡Esa Sevilla!...

A Sevilla llegué de noche, después de dar

vueltas y más vueltas por calles hasta que el coche pudo detenerse frente a la puerta del Hotel. Después de cenar, y con ese deseo de ver a pesar del cansancio, doy un paseo, y resulta que el hotel está al lado de la Campana y, por lo tanto, en la calle de la Sierpe con nada más que andar un poco. Cuando menos lo espero, me dicen: «¡Mira, la Giralda!» Y miro hacia arriba; pero es de noche y aunque hay estrellas pálidas, no hacen guiños, ni corren, ni juegan a tirar cohetes. Yo no veo esta noche más que calles, que se alargan, y un río, muy quieto, tanto que esta noche no es un río normal...

De día y con un sol fuerte, veo Sevilla. Y, en verdad, que es alegre. Puedo asegurar, también, que la gente tiene simpatía, «donde de gentes»; pero yo quiero ver Santa Cruz cuando sea de noche y todos duerman— menos los que cantan su «cante jondo», de madrugada, al amanecer.

Por la tarde he visitado un pueblo auténticamente sevillano Alcalá de Guadaíra—, a quince kilómetros de Sevilla. Y entonces he visto mucho más la tierra de María Santísima; porque hay tanta blancura en este pueblo y un olor a pan tierno, que embriaga y hace desear que se prolongue el atardecer treinta veces seguidas, sin que pueda hacerse de noche, hasta que uno pueda volver a la realidad de no se qué sensación Alcalá tiene una Virgen muy pequeñita y sonriente, en la ermita que preside al pueblo, y esta Virgen—que se llama de las Águilas y que se apareció en uno de esos innumerables sitios, donde las vírgenes de los pueblos suelen aparecerse a los pastores— tiene en

sus brazos un niño pequeñito. Pues bien, esta virgen está en todas las casas del pueblo. Por ejemplo: en casa de Laurita, muchacha típicamente andaluza, está a la entrada, en un zaguanillo, pegada a la pared y pintada en un mosaico, y hace grata la entrada. Se adivina que el blanqueo del patio es fuerte y que el pozo en un rincón parece siempre gritar alegremente, cuando tiene que servir agua fresca sin falsificar. Pero este patio, terriblemente andaluz, tiene tres palmeras, y esto acaba de completar la decoración; porque es indudable que, en el mes de Agosto, cuando las gentes duermen su siesta en las mecedoras, la sombra que den estas palmeras hará que se sienta blandura en el sol fuerte, un si es o no africano.

Esta noche en Sevilla, detrás de esas verjas tan difícilmente labradas, he visto muchas veces ese patio andaluz. Y me he perdido en estas calles tan pequeñas y tan limpias, que muchas veces dan la sensación de que se ha introducido uno sin permiso en una casa particular.

No sé qué tiene esta noche. Me figuro que todas serán lo mismo cuando las estrellas sigan intensamente pálidas; pero el silencio, que sólo se interrumpe cuando de alguna casa sale la alegría de la bulería, hace que se sientan los pasos extraños y que se quede uno mirando esa gallardía de la Giralda desde esta placita pequeña de Santa Marta.

M HIGUERAS CÁTEDRA.

¡TODO EL MUNDO MILLONARIO!

POR J. Y A. TODI.

Atenógenes Gómez y Pérez es un hombre de grandes iniciativas. Y siempre que puede trata de demostrarlo. Buen muchacho, tiene siempre su inteligencia dispuesta a hallar el bien, y una vez encontrado, practicarlo. He aquí la solución que al problema económico español y al mundial, en general, ha hallado nuestro dilecto amigo Atenógenes. Porque para él, como para todo español de café, la solución a los grandes problemas se halla guardada en sus bolsillos, aunque aquí no espere, como el arpa del poeta, la voz de Lázaro que le diga: «Levántate y anda».

La solución, estamos seguros, es formidable; es «algo serio», que dicen los castizos. Veamos:

Una ley de urgencia, de suma importancia, regulará la recaudación de un nuevo im-

puesto (¡no se asuste, lector!) destinado a hacer a todo el mundo millonario. Consistirá tal impuesto en una peseta semanal, que todo ciudadano, mayor de dieciseis años y menor de setenta, abonará al Tesoro, sin ninguna clase de disculpas ni prórrogas Recaudada que ha sido la peseta semanal, en las respectivas ciudades, se procede el día festivo por excelencia, el domingo, a sortear entre los contribuyentes el capital recaudado. El favorecido será el primer millonario, y viene obligado a ingresar en el «Banco de la Recaudación» la mitad justa del capital recién adquirido. Este capital renta unos intereses que tienen un destino: favorecer a los desgraciados de los sucesivos sorteos. La operación se repetirá todas las semanas hasta acabar haciendo a todo el mundo mi-